de citas elegante y se perdió por los alrededores del Callao. Iba loco de alegría. El mozo, mientras tanto, tuvo que avisar a las gentes de la *casa*. Se guardó muy bien de contar lo que había ocurrido. Y los amantes, poco después, al enterarse del suceso, huyeron también del hotel, despavoridos.

Aurora envió poco después por el cadáver, y como la mujer no contaba el dinero, se hizo ver que don Jerónimo había acudido a la casa de citas para engañar, sin duda, a su mujer con alguna *pájara* de cuenta.

* * *

El entierro fué al día siguiente, en Madrid mismo. Y Aurora quiso que lo presidieran, con otros paisanos respetables, Dionisio y Serafín, que marchaban juntos en la hilera, vestidos con trajes oscuros.

Aurora, una semana después, abandonaba Madrid en dirección a Suiza y Alemania. Iba a viajar para distraerse. Con ella, a fin de ir, tal vez, *ensanchando el negocio,* y para que la resolviera todos los asuntos, se llevaba a Dionisio de secretario particular...

FIN



PARA SER COCOTA...

La Novela Sugestiva

PARA SER COCOTA...

por

RICARDO ALTAMIRA

Ilustraciones de
ESTEBÁN

21

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

AL DESPERTAR...

ROSIA soñaba con el novio aquella noche. Estaba muy enamorada, como él de ella. Pero la muchacha, apasionada, en el centro de la primera y única pasión que habíala conmovido en su vida breve de pájaro, sentía extraños estremecimientos por las noches, un cosquilleo endiablado que le hacía sonreír y reír sin saber por qué, al tiempo que ante sus ojos de oro se extendían visiones impúdicas... La chica encendía la luz entonces, y se quedaba contemplando los detalles y las cosas todas de la alcobita humildísima que le servía de nido en este inmenso caserón. Una sonrisa, otra sonrisa nueva, de otra especie, entreabría sus labios de grana, y casi sin palabras murmuraba:

—¡Gran Dios! ¡Qué diferencia entre lo que yo sueño, entre lo que yo... *quisiera,* y esta alcoba y estas cosas que me rodean!... ¡Qué asco!...

Miraba *las cosas* que arrancaban a su rostro divino de chiquilla de dieciocho años una mueca de repugnancia. Eran sacos y banastas por los rincones, sogas y capazos, con tal cual apero de labor; melones y uvas colgados en el techo, y que le dejaban caer encima, de vez en vez, algún gusano de colores brillantes... El techo, de vigas, tenía frecuentes goteras, a través de las cuales se veían brillar la luna y los luceros. De las estancias inmediatas, cámaras enormes y salas polvorientas, le llegaba a veces a la chiquilla, por debajo de la puerta rota y raída, el olor de los jamones y del tocino, puestos a curar, y el vaho del aceite de las orzas o bocanadas de ambiente de establo. Suerte que ella, para librarse de todos aquellos olores, que no siempre eran agradables, tenía la costumbre, desde siempre, de dejar abierta la ventanilla de su alcoba. Y por aquí sí; por aquí, en cambio, le entraba a la muchacha a cada momento una ráfaga de aire fresco y perfumado que olía a huerta, a fruta que madura, a rosas y a claveles y a jazmines, del remedo de jardín que rodeaba el cortijo; a trigal y a prado, a pinar y a sierra...

Abrió los ojos. Estaba la habitación a oscuras ahora, y por la entreabierta ventana vió los campos llenos de luna. Algún grillo cantaba abajo con un ritmo adormecedor. Y Orosia, aspirando el perfume de la noche de junio, que le mareaba, se semiincorporó en el lecho, al tiempo que murmuraba como con una rabia sorda:

—¡Hoy... va a ser!... ¡Hoy... quiero que sea!

La imagen del novio le voltijeó de nuevo por la mente. Sentía una cólera callada contra sus padres, contra su madre, sobre todo, que no le dejaba gozar plenamente de aquel amor de los cielos. Su novio, el señorito Julio, era hijo de los dueños de esta finca espléndida, y quería casarse con ella. ¿Por qué no la dejaban?... Su madre, la cortijera, decía sin cesar que *el señorito* no podía *venir con buen fin;* pero ella estaba harta de oír historias y de ver en estos campos, y en Jumilla, y en todos los pueblos de los alrededores mil casos como el suyo, que terminaban como las más dulces historias y como los más sabrosos cuentos de amor: en boda y siendo felices... ¿Por qué no la dejaban a ella también que se casara con Julio.., que se escapara con él, en último caso, ya que la familia del muchacho se oponía, naturalmente, a la boda?... ¡Bah!... ¡Los temores de sus padres! La familia del muchacho, esta orgullosa doña Emilia y sus dos hijas, serían luego las primeras que la buscarían, que los buscarían para casarlos!

La fuerza de su amor y la fuerza de su audacia, de su ambición, le daban un impulso irresistible de animalillo joven que se lanza al combate de la vida con los ojos cerrados, seguro de vencer... Estos campos, estas viñas, estas huertas espléndidas que rodeaban el cortijo; los otros dos cortijos también, y las sierras, los pinares, los encinares, ¡serían suyos!... ¡Todo esto sería suyo: estos cam-

pos y estos caminos, por los que ella había aprendido a andar yendo siempre descalza, vestida poco menos que de harapos, viviendo de la caridad de los amos... Y de la noche a la mañana, ella, *la mocosa* del *Califa,* como le llamaban a su padre por ser el guarda y capataz de este cortijo. podría encontrarse convertida en *una señora,* vestida de sedas, dueña de los caballos, de las mulas, de los coches, de los campos..., con auto, con sombrero... ¡Ah!

Su emoción fué ahora tan grande, que le hizo saltar de la cama. Fué hacia el ventanillo, acodándose en el alféizar y quedando en una muda contemplación de los campos. Y sólo ahora, al mirar hacia el *Charche,* se dió cuenta la gentilísima chiquilla de que lo que ella había estado tomando por luz de luna era, sencillamente, la luz lívida de la aurora.

Al invadir la alcoba una tenue claridad rosada, se pudo ver el cuerpo de la virgen como una maravilla de hermosura. Era alta, esbelta, graciosa, esta chiquilla rubia como las mieses que iban segando en estos días de junio los trabajadores del cortijo; tenía dieciocho años y se le hubieran calculado seguramente veintidós o veinticuatro; sus senos eran ya altivos, redondos, con una dureza maciza, lo mismo que sus hombros, que tenían la redondez y la gracia de las vírgenes de Rubens; parecía una hija de aquellas mujeres que pintara el famoso artista flamenco; su cintura era mórbida, lo mismo que las caderas, anchas, amplias,

anunciando una maternidad y una feminidad fecundas, tentadoras...; los muslos recios, redondos, fuertes, tenían ya carnosidades y gracias de mujer hecha, y eran largos, blanquísimos, como dos magnolias que se alargaran en el árbol; breves los pies, la chiquilla andaba con una gracia que parecía caer sobre ella desde las alturas; y su pelo rubio, ensortijado; lo blanco y puro de su frente, sus mejillas, siempre sonrosadas; lo fresco y rojo de sus labios, y, ¡sí, sí, sobre todo!, lo enorme de sus ojos rasgados hasta las sienes, almendrados, alargados, y donde brillaban las pupilas de ámbar lo mismo que dos soles, daban a esta chiquilla aldeana un aspecto de princesa de leyenda, de hija de reyes, de personaje irreal, fantástico, de figura escapada de una ilustración o del estudio de un artista...

—¡Aire, a vestirnos!—dijo al fin la preciosísima muchacha—. ¡Lo que es hoy!... ¡Esta luz va a ver si yo tengo corazón!... ¡A la noche ya no dormiré aquí!...

Se vistió en un periquete. Luego se estuvo peinando y arreglando un rato; y, por último, guardó en un maletín diminuto, regalo de su novio, sus peines, la caja de polvos, el estuche regalado también por Julio, las cartas de él, sus retratos..., metiéndolo en su baulillo. El maletín sería lo único que ella se iba a llevar; ni ropas ni músicas. Todo se lo compraría luego Julio en cuanto estuvieran en Murcia.

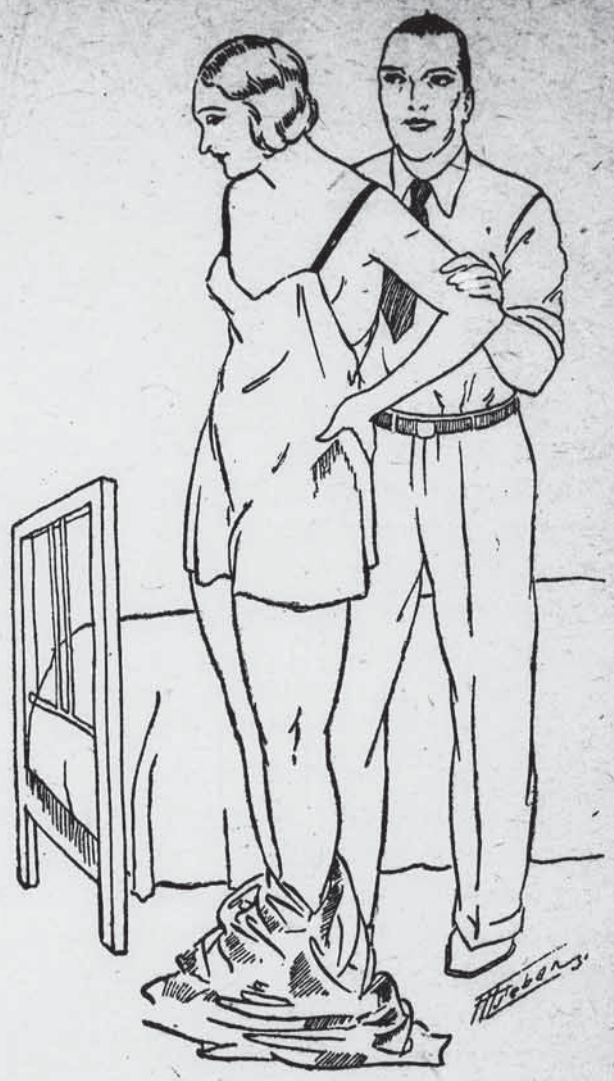
El cortijo se levantaba cuando ella salió de su alcobita. Ya circulaban por abajo racimos de segadores y de segadoras, que llevaban el hatillo al hombro. Los hombres se mostraban en mangas de camisa; las mujeres, ligeras de ropa también, con un simple refajo y la faldilla de percal, iban casi desnudas a causa del calor. En la cercana era, las mulas habían comenzado a dar vueltas, arrastrando los trillos. El sol entraba ya en el cortijo por todas partes un sol de fuego, que levantaba de los campos una leve neblina azulada.

Orosia se dispuso a ayudar a su madre.

—¡Tra'cá eso, condená de los demonios!—le dijo la mujer, señalándole algo.

Y cuando la chica obedeció, la madre la cogió en sus brazos, la besó, la obligó a besarla, y se quedó luego contemplándola, en un arrebato de ternura, sin pestañear. ¡Gran Dios! ¡Y... *esto* era hijo suyo!... No se cansaba de mirarla, de adorarla. No eran sus ojos de madre, sino la admiración general lo que le decía lo bellísima que era su hija. En diez leguas a la redonda no había una muchacha más bonita; y en las ferias de Jumilla, en la Semana Santa, ya hacía dos o tres años que había vuelto locos a los hombres. Olía a nardo, a canela, a rosa, la carne blanca de su Orosia; y al mirar, parecía caer sobre las cosas donde ella fijaba las pupilas una luz azul y dorada que lo llenaba todo de alegría...

—¿Por qué eres tan condená y tan mala?



—¡Déjame que te desnude yo, alma!

—¡Si no soy mala, madre!

—¡No! ¡Más qu'arrancá! ¿Qué quedré yo pa ti, lo mismo que tu padre, maldecía?... ¡Y nos tiés muertos de pena de ver que no nos haces caso! ¿Me juras qu'has de romper con Julio?

No contestó la muchacha. Había bajado la cabeza al suelo, y suspiró.

—¡Ay, la señorita!... ¡Que me se muere!... ¡No quió verte suspirar, ¿lo oyes?... ¿O es que te crees tú que el señorito se iba a casar contigo por tu cara bonita?... ¡Ay, imbécila!... ¡El señorito lo que quié es perderte, y que aluego s'amos tu padre y yo y tu probe hermano el que sirv'al rey los que paguemos las consecuencias! Hazme caso a mí, hija mía, y hazle caso al Jerónimo, que es un chico formal y que te quiere bien, y que..

—¡Puah, madre!...

—¿Ah, sí?... ¿Aún sales con esas? ¡Pos yo te digo que, quiás que no, le vas a hacer caso! ¡Por éstas!... Y aire, a subir vino del lagar, y aluego a pelarme patatas, qu'a ti te voy a enderezar yo a palos!... ¡Pos me gusta la desvergonzá!...

La despidió con un gesto de amenaza, y Orosia, con el ceño fruncido, fué a la inmediata chimenea y cogió una jarra enorme, que había sido blanca, bajando al lagar a por vino. Su ira tomaba ahora una forma mansa, que le daba una serenidad enorme. Nunca le habían parecido tan odiosos los detalles que descubría a su alrededor: las *pipas* cubiertas de polvo, los aperos llenos de telarañas, el

olor nauseabundo que despedían las gentes del cortijo, los segadores, las mujeres: todo cuanto estaba a su lado le levantaba el estómago a la muchacha, que sentíase innatamente limpia y elegante. ¿Por qué no huir de una vez de allí?...

El resto de la mañana lo pasó Orosia trajinando en la cocina con su madre, sin perder de vista el reloj. Estaba citada con su novio a las once. Y minutos antes salió de la casa, pasó junto a las eras, llevando un cántaro bajo el brazo, y fué a llenarlo a la fuente. Desde lejos oteó el encinar. Una figura se movía entre los troncos. ¡Julio!

Entonces volvió al cortijo, subió a su alcoba, cogió el maletín, y bajando por la escalera de las cuadras, salió por el portalón de los corrales, perdiéndose por el camino del encinar.

El novio la recibió con los brazos abiertos.

—¡Orosia!

—¡Tú!...

Se dieron un beso enorme, que duró largo rato. Luego ella, deshaciendo el abrazo, preguntó:

—¿Has traído el caballo?

—No; ¡mira!

Señaló abajo. Entonces Orosia pudo descubrir a la sombra de un pino, en plena carretera, el automóvil de su novio.

—¡Ah! ¿Has traído el coche?

—Sí. De ese modo, cuando quieran echarnos de menos, estaremos en Murcia, y entonces... ¡Ven acá, mía!... ¡Mía para siempre!...

—¡Tuya para siempre!...

Casi corrieron hacia el auto, que poco después les alejaba de la finca. Salvaron el puerto y corrieron por unos campos solitarios de viñas. Atrás quedaban luego los cortijos, la ermita de San Antonio, la *Hondonada*: todos los lugares que a ella la vieron crecer... Luego pasaron pueblos: Blanca, Molina, Alhama, bordeando el río Segura, a través de unas huertas soberbias... Se veían huertos de naranjos, limonares, vergeles de frutas y de flores... Contra el sol se destacaban por todas partes las palmeras, como en un paisaje africano; pero el país que iban recorriendo parecía un trozo del paraíso.

Al fin, la torre de la catedral de Murcia surgió por encima del bosque de verdura. Parecía el mástil de un navío de piedra. Una campana, grave y solemne, envió a los novios un repique como de victoria a través de la vega maravillosa. Poco después entraban en Murcia.

El coche se había detenido a la puerta de un hotel de segundo orden. Y Julio, muchacho expedito y educado a la moderna, pidió una habitación «para matrimonio».

Un tanto extrañó al fondista el aspecto de *este matrimonio* tan jovencito y, sobre todo, el aspecto de la muchacha, con un trajecillo más que modesto y unos zapatos torcidos; pero educado y muy impuesto de su negocio, que le obligaba a ser prudente, nada dijo, guiando a los recién llegados hacia una alcoba soberbia que tenía un saloncillo entre columnas.

—¿Les gusta a los señores ésta?...

—Sí, sí. Muy bien.

—Perfectamente. Ahí tienen el baño. ¿El señor quiere llevar al garaje el auto?

—¿Tienen garaje?

—Sí.

—¡Ah, muy bien! Pues voy a encerrarlo.

Julio bajó un instante, dejando sola a la muchacha, que contenía a duras penas su emoción. Una alegría loca le bailoteaba por el pecho. ¡En Murcia!... ¡En aquella Murcia que había sido de siempre el resumen y el objeto de sus ensueños!... Era *la capital, la ciudad enorme,* donde las mujeres visten con lujo y donde están los placeres, las diversiones, la alegría... Por los dos balcones abiertos entraba el rumor de la calle, bocinazos de autos, campaneos de tranvías, ruido de coches y de carros... Se asomó a un balcón y se quedó mirando hacia abajo, donde se agitaba una multitud que andaba febril en todas direcciones. Luego un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza: ¡rica!... ¡Ya era rica!... ¡Dentro de unos días, la familia de Julio, loca de dolor, vendría a rogarla, por Dios, que se casara con el muchacho! Sus propios padres harían lo mismo, y la boda se celebraría y ella podría volver a Jumilla como una señora y habitar el palacio de la calle de la Feria!...

De pronto se volvió. Un ruido había sonado en

el corredor vecino. En seguida oyó los pasos de Julio, que penetró en la alcoba, cerrando la puerta tras él.

Entornaron los balcones, corriendo las persianas, y sólo entonces, ya Julio en mangas de camisa, los novios se dieron un abrazo enorme, larguísimo, que terminó con un beso espantoso, en que él mordió con frenesí los labios rojos de la virgen.

—¡Déjame que te desnude yo, alma!—pidió él loco de alegría al estrechar aquel cuerpo joven y duro.

—¡Sí, sí, tú; lo que tú quieras, lo que tú me pidas!...

El comenzó a desnudarla frenéticamente. Saltaban los botones de la blusa disparados, se rompían las cintas, iban cayendo al suelo las prendas, de dudosa blancura, dejando al aire las carnes blanquísimas de la virgen. ¡Ah, esta chiquilla!... Julio, que, con sus veintidós años, ya había tenido, como muchacho rico, muchas mujeres en sus brazos, no recordaba unas carnes tan blancas, como no había visto jamás unos ojos tan bellos, unos pechos tan altivos, tan duros... Parecía de mármol y de rosas la chiquilla, que iba quedando desnuda entre tufaradas de risas y abrazos y cosquillas que la torcían sobre su novio. Y el novio, enloquecido ya, febril, frenético, iba besando aquellos senos con lento regodeo, con furia, besando y volviendo a besar la boca entreabierta, que ya mordía de deseo, y bajando luego a besar el vientre, blanco, de nieve.

Al quedar al aire la cintura de la virgen ella lanzó un pequeño grito y huyó hacia el lecho. Julio la siguió, desnudándose con rabia. ¡Dios, qué hermosa era!...

—¡Oh tú!—gimió cayendo sobre ella.

La chiquilla intentaba en vano cubrirse con la colcha, riendo y perneando, y él echó la colcha al suelo para empaparse de belleza. Orosia había quedado sobre la blancura de las sábanas, más blanca ella aun, como un inmenso copo de nieve o una enorme azucena... Y Julio sonreía viéndola tan linda, tan apetitosa, tan fresca, tan joven. ¿Qué tesoro comparable en la vida con una mujer desnuda sobre un lecho?... ¡Nada, nada!... En las axilas, en el regazo brillaban las manchas rubias de sus gracias..., y sus bocas, ya entreabiertas, suplicaban unos besos muy ardientes...

Besó allí. Muchos, muchos besos, con la boca palpitante de deseo... Y ella, jadeante, sólo acertaba a decir, en una inmolación celeste;

—¡Así, así!... ¡Tómame, tómame toda, toda entera..., tuya, toda tuya!... ¡Bésame así!...

Las palabras de ella eran también para el hombre como un regalo, y él las sorbía, las bebía como si fueran otras caricias... Aquel contacto de sus cuerpos, de sus carnes, de sus bocas, bocas y carnes ardientes, cuerpos estremecidos bajo la tempestad de la lujuria, que les hacía olvidarse del mundo, se iba haciendo casi doloroso de tan intenso...

Y el hombre se hundió en ella con una trepidación de muerte o de locura..., rugiendo, gimiendo, lanzando alaridos, a los que contestaban suspiros y sollozos y gemidos de la virgen inmolada...



LANZADA...



OTÁBASE Orosia un ambiente extraño alrededor. Mejor dicho, como un cambio raro en el carácter de *su novio*. Ya lo tenía todo, todo lo que había soñado en aquellos años durísimos de su infancia y de su adolescencia: dinero, trajes bonitos, sedas y oros acariciando sus carnes; un ambiente de elegancia, de regodeo, bienestares, mimos, un hombre rendido a sus pies, placeres... ¡Cuanto una mujer ambiciosa puede soñar sobre la tierra!...

Y, sin embargo...

Ya hacía casi un mes que los novios huyeran de Jumilla, y la vida de la muchacha no hay que decir si se había transformado por completo. Ahora llevaba vestidos «de última» que realzaban su belleza soberana, medias de seda, zapatos de lujo, sombrero...; además, vivían en Madrid, en el Hotel Inglés, hospedados como príncipes. Orosia

estaba hermosa como nunca. El amor la hacía estallar, como estalla el capullo de una rosa bajo la lluvia de mayo..., y tenía la fragancia y la opulencia de una fruta madura. Cuando entraban en el comedor, todas las miradas eran para ella, y por las calles, en los teatros, en los cafés, en las terrazas de las granjas donde ellos acostumbraban a sentarse, en los tranvías, en las tiendas, en todas partes el paso de Orosia dejaba una estela de miradas de fuego, de piropos, de murmuraciones de admiración...

Era tan guapa y arrogante, que todos los hombres se volvían a mirarla en la calle, y muchas mujeres también. Julio sentíase ufano y satisfecho al lado de esta mujer tan divinamente hermosa, que levantaba al pasar una tempestad de admiraciones... Los dos vivían como en un nimbo de luz y de olvido que les aislara del mundo y les tuviera lejísimos del resto de la Humanidad. ¡Ellos, ellos dos!... ¡Nada más que ellos!... La vida se había reducido para los amantes a un despertar dulcísimo, el uno en brazos del otro, seguido de un abrazo terrible, de un repique de besos; sus carnes volvían a fundirse, y durante una hora, dos, tres, los dos bebían y bebían en las fuentes inagotables del amor todos los néctares dulcísimos; luego se vestían con lento regodeo y desayunaban: un desayuno magnífico, especial, que les subían a la alcoba en una bandeja apocalíptica, y cuyo *menú* habían hecho los dos primeros días que estuvieron en Madrid, entre risas y entre bromas, o sea: cuatro huevos pasados por agua por barba, seis panecillos de Viena, sendas y enormes tazas de café con leche y gran cantidad de manteca; después tomaban ensaimadas con miel; y luego ¡a la calle! Madrid comenzaba a perder animación con el veraneo; pero para Orosia tenía la gran ciudad una indescriptible alegría. ¡Era el ambiente de fausto y de grandeza que ella había soñado desde la infancia!... Por amar tanto el lujo y la riqueza y el bienestar había aprendido a leer y escribir casi sola, y leía con avidez cuantos libros y revistas y periódicos caían en sus manos... Iban al Suizo, o a *Doña Mariquita,* o a Molinero, o al *Royal,* luego de un paseo en automóvil. Antes de regresar al hotel hacían compras. Resultaba que Orosia, desconfiada y prudente en el fondo, era antojadiza..., y se le antojaban precisamente joyas y cosas caras... De este modo, si *el novio,* al que ella en el fondo no veía muy seguro, *la plantaba* alguna vez, no se quedaría en la calle. Comían luego en el hotel o iban a los restaurantes elegantes de las afueras, y por la tarde al cine o al teatro. La mayoría de las noches no salían, emborrachados de amor y soñando no más cada cual en abrazar y acariciar al otro... Ahora pensaban marcharse. De Madrid a San Sebastián, donde pasarían el resto del verano, y luego a Biarritz, a París, tal vez a Italia o a Bélgica...

—¡La vamos a correr en grande!—decía Julio besando a su querida en la boca a cada momento—.

Y cuando en tu casa y en la mía vean que estamos dispuestos a no volver, nos casarán.

Orosia miraba a su *novio* muy hondamente entonces.

—¿Tú estás seguro que llegaremos a casarnos, Julio?

—¿Cómo?... ¿Por qué no?... ¿Por ti?...

—¡Por mí!... ¡Qué cosas dices!... Tú sabes que te quiero más que a mi vida y que si tú me llegaras a dejar...

Suspiraba la *novia* muy en carácter, a pesar de que tenía que decirse, y cada día con más intensidad, que «no la importaría mucho que Julio la dejara». Lo quería, sí; lo seguía queriendo mucho; pero tenía que confesarse que lo que verdaderamente la ataba a él era el dinero... y las caricias. La verdad era que le *gustaban todos*, como al del cantar. Y que en la calle se le iban los ojos detrás de los hombres guapos, como detrás de los que veía en automóvil, aunque fueran gordos y ridículos y viejos...

Pero, sí, sí. Notábase Orosia un ambiente extraño alrededor. Y se propuso estar en guardia para que no la cogieran de sorpresa los acontecimientos.

* * *

—¿Cuándo nos vamos, Orosia?

—¡Ah, cuando tú quieras! Mañana, si quieres.

—¿Quieres mañana?...

—Sí, sí.

—Pues nada. En ese caso, vamos a ir sacando las butacas.

—¿Las... qué?

—Las butacas. Es que los trenes expresos, ¿sabes?, llevan unas butacas donde puedes dormir y hay que sacarlas por adelantado.

—¡Ah!

—Sí.

Fueron.

Era en la calle de Alcalá, y Orosia, como siempre al penetrar en alguno de estos grandes establecimientos de la capital, se fijaba en los detalles, encontrándolos un hondo sabor de poesía, como de lejanía y de aventura... ¡Ah, ella, que ya podía ser una heroína viva de novela!...

Sus ojos se fijaban en los letreros y los carteles de que estaban llenos los muros de la tienda regia, mientras su *novio* iba sacando las butacas: *Compagnie des Wagons-lits et des grands expreex europeens. Sliping-car...* ¡Ah!

—Bien. Ya está—dijo Julio volviéndose hacia ella, al tiempo que se guardaba en la cartera los talones—. Mañana nos vamos. El tren sale a estas horas.

—¡Ah! ¿A las ocho?

—Sí, por ahí. Haremos un viaje encantador. De noche, que ahora es una delicia. Por la mañana entraremos en las Vascongadas. ¡Verás aquello! Es

lo más hermoso del mundo. Y a las diez o las once, en San Sebastián.

Orosia sonrió, cogiéndose del brazo de su amante, y salieron. Nunca le había parecido la vida tan hermosa. Madrid, lleno de luces, de ruido, de animación, le pareció ahora algo así como una escala, un descanso en el recto camino del cielo, que ella iba a recorrer de ahora en adelante. De aquí saltarían a San Sebastián y luego a Biarritz... Playas elegantes, ciudades del lujo, del dinero, cuyos nombres leía ella en los periódicos como los países fantásticos, lejanísimos, a los que nunca habría de ir ella... ¡Lo mismo que este Madrid de maravilla!...

Cenaron con un apetito nuevo, devorador, en el comedor limpísimo, elegantísimo; del hotel. Orosia tenía que decirse a cada instante que ella había nacido para vivir esta vida de fausto y de grandeza, para moverse y respirar en este ambiente. ¡Oh, por Dios, el ambiente y el recuerdo de su cortijo, evocados desde aquí!... La chiquilla tuvo que sonreír, mirando al plato, con una especie de inmensísimo desprecio.

Esta noche la fiesta de amor tuvo matices nuevos. Orosia misma los buscaba ahora, por instinto, o los aceptaba con inmensa alegría cuando él, Julio, la proponía caricias y placeres raros... Se daban el uno al otro con una alegría de animales jóvenes y sanos, prodigándose mutuamente las caricias más feroces... Nada les daba asco, nada les detenía. Gozaban en hundirse en todos los pecados y lo hacían con la serenidad y la inconsciencia de dos animales que se entregan al amor... Julio iba comprendiendo, había ido comprendiendo también en estas semanas que llevaban juntos, que Orosia no era, en el fondo, ni más ni menos que «una realísima mujer para la cama». Si se la sacaba de *esto* y de hablarle de trapos bonitos y de joyas caras, se perdía el tiempo.

Durmieron como bloques, con el dulce cansancio del placer agotado hasta la hartura, y no se despertaron hasta bien entrada la mañana. Ya habían desayunado, y estaban a medio vestir, cuando de pronto rumoreó el timbre sordo del teléfono privado. Julio cogió el auricular:

—¿Quién es?

—Aquí es: el *maître*. ¿Está el señor Robles al aparato, don Julio?

—Sí; ¿qué quiere?

—Decirle que acaban de traer una carta urgente para usted. ¿Quiere que se la suban?

—Sí, sí. ¿Una carta urgente? ¿De quién? ¿No lo han dicho?

—Espere un instante.

Hubo un silencio, durante el cual Orosia preguntó en voz baja:

—¿Qué es?...

No tuvo tiempo Julio de contestar, porque la voz del *maître* le contestó:

—Dice el chico que no sabe. Ya la suben.

Llamaron a la puerta, en efecto, y Julio cogió

una carta que le traía un criado en una bandejita japonesa.

Miró el sobre y se frunció su ceño. Orosia, terminada de vestirse con rapidez, había acudido también junto a la puerta.

Julio había reconocido la letra. ¿De Ferrer?...

Rasgó el sobre y buscó la firma: «Julián Ferrer.» ¡Ah! Y leyó:

«Querido amigo Julio: He sabido que estás en Madrid, y como yo me marcho mañana a Jumilla, terminados mis exámenes, te agradecería mucho vinieras esta misma mañana al Lyon d'Or para dejarte un encargo de interés relacionado con mi hospedaje y mis libros. Te espero a las once, y te ruego vengas tú solo, pues tenemos que hablar largo y tendido. Un abrazo de tu mejor amigo y paisano, *Julián Ferrer.*»

Julio se tranquilizó, tendiendo luego la carta a Orosia, que se había puesto algo pálida.

—¿Te importa que vaya?

—¿Cómo?... ¡No, hombre! ¿Por qué?... Ves, ves. Yo te esperaré aquí. No saldré esta mañana.

—¿Vas a quedarte tú aquí?

—Sí, Julio. ¿Por qué no? Así iré arreglando el equipaje. Esta tarde haremos esas compras que nos faltan.

—¿No te quedas triste?

—Un poco nada más.

—Es que así no voy.

—No, no; ves. Ya ves, tu mejor amigo, el de

don Diego; eso sí, cuando te hable de mí, déjame en buen lugar; y si, como es lo más probable, es un embajador de tu familia, ya sabes lo que tienes que decirle: que no cedemos.

—¡Figúrate! Aunque no creo esté al habla con mis padres Julián. El estaba aquí en Madrid ya antes.

Partió Julio, luego de un abrazo inmenso de los *novios*. Era la primera vez que se separaban desde que empezó su aventura, y el muchacho iba emocionado, con una inocultable turbación. ¡Estaría bueno que fuera esto una encerrona en toda regla!...

Llegó al popular café madrileño de la calle de Alcalá y en seguida le dió un vuelco el corazón. En la misma terraza, en una de las primeras mesas de la izquierda, estaban refrescando y riendo y charlando animadamente... su padre, sus dos hermanas y un señor, en el que pronto reconoció Julio a su tío Ricardo. Con ellos estaba también Julián Ferrer.

Se acercó, dominando como pudo su temblor, y, contra lo que él esperaba, en el corro se inició una carcajada general y un diluvio de chistes. El único que permaneció serio fué su padre.

—¡Caray, Don Juan Tenorio!

—¡Adiós, tú!...

—¡Chico, chico, el raptor de las doncellas! ¿Verdad que parece el título de una película americana?...

Julián murmuró, semirriendo también:



Partió Julio, luego de un abrazo inmenso.

—¡Chico, perdóname! Ya ves, tu papá y tus hermanas y tu tío me lo han rogado y no he tenido más remedio!

—Siéntate aquí, hombre!—le brindó su tío haciéndole sitio junto a su padre.

Se sentó Julio, esbozando una sonrisa lívida. Y su padre comenzó a decirle en seguida en un tono ambiguo, que tenía de la dureza de la roca y de la persuasión dulcísima con que desde siempre le había tratado:

—¡Muy bonito, hombre, muy bonito! Puedes estar orgulloso, porque te has lucido y nos has lucido a todos, como hay Dios. Coges a una chica de nuestro cortijo, te la llevas a Murcia en automóvil, me mandas luego el coche con *Gorila* y una carta en la que tú y ésa..., ¡Dios me perdone!, nos decís que es preciso que os casemos; te traes de casa varios miles de duros y te los gastas alegremente en Madrid. Y todo, en resumidas cuentas, para tener que volver ahora a Jumilla con nosotros y dejar plantada y perdida a esa muchacha. ¡Muy bonito, hombre, muy bonito!

Levantó Julio la cabeza.

—¿Cómo, papá?... ¿Que yo me vaya con vosotros?...

—¡Y es claro!—contestó el millonario, tan cargado de razón como si hubiera contestado a un loco que la luz viene del sol—. Y esta misma tarde. Nos espera tu madre mañana para marcharnos a Alicante, como de costumbre. Conque... ¡ojo, eh!...

Levantó el dedo. Julio se había puesto encarnadísimo y luchaba entre su amor por Orosia y la obediencia ciega que siempre había tenido a su padre, tan dulce y tan bueno en medio de su severidad. Y cuando ya abría los labios para protestar, le interrumpieron sus dos hermanas a la vez:

—¡Y claro, Julito, hombre! Te vienes con nosotros. Esto ha sido una aventura de la que no te acordarás dentro de unos meses...

—Mamá está angustiada, como comprenderás, y si no te vienes con nosotros le costará la vida. Esto ha sido una chiquillada tuya.

—Es que vosotras, tú, papa, y tú, tío, no sabéis que esa muchacha y yo...

—¡Tonterías! En cuanto os dejéis de ver una semana, los dos tan tranquilos.

—¿Qué íbais a hacer, qué ibas a hacer tú, hermano?—insistió Isabel, la mayor—. ¿Casarte con esa palurda?... ¡Por Dios, Julito, si es una pastora!... ¡Un chico tan elegante, al que se lo comen las muchachas del pueblo!

—¡Y es claro! ¡Si supieras cómo está Amparito!

—¿La ex novia, eh?—medió el tío—. ¡Y es natural!

—No intentes ser ridículo—añadió ahora el padre de Julio—. Te vienes con nosotros por las buenas o por las malas. Está la Guardia civil, que te llevará si te resistes; pero tú, que eres y has sido siempre un buen hijo, no querrás darme y darnos

este disgusto... Ahora mismo vas a escribir una cartita a esa muchacha... y nos vamos.

—¡Pero, papá!

—No hay papá que valga. En Jumilla, en nuestros cortijos, en Alicante, en las fiestas de la feria, lo olvidarás todo y...

—Y esto será el día de mañana una aventurilla que recordarás con emoción—cerró el tío—. Todos hemos sido jóvenes. Anda, escribe esa carta.

—Pero, tío...

—¿Otra vez?... ¡Escribe, escribe!...

—Sí, hombre, escribe. Dila que la mandas dos mil duros, tres mil duros, lo que quieras—ordenó el millonario—. A los padres ya les he untado yo las manos en el cortijo para que se resignen. Por supuesto, que verás cómo la chica no vuelve a su casa. Estas son cabritas que tiran al monte...

—¿Tú crees, papá?

—¡Huy, ya lo creo! Tú mismo lo has de ver. ¡A ver, mozo!

Se pidió el recado de escribir entre la zumba general. Ahora Julián y las muchachas y el tío habían vuelto a su lluvia de chistes.

—Lo malo es si te da por llevarte a todas tus novias del pueblo...

—Tendría que llevarse a todas las muchachas, porque creo que no hay una que no lo haya sido.

—¡El Tenorio modernista!... ¡Chico, chico, eres irresistible!...

—Bueno, si no me dejáis en paz no escribo nada.

El padre sonrió con sarcasmo.

—Se lo rifan al ladrón las muchachas por guapo y por simpático; pero no hay que tomar tan en serio el papel de conquistador.

Julio estaba ya con la pluma en alto. La conversación se desprendió de él. Sin duda alguien, alguna de sus hermanas, desde luego, había hecho una seña para que cesaran las vayas y las pullas, y se habló de la hermosura y la transformación inverosímil de Madrid. Un París en pequeño. Y las gentes, las calles...

Julio miraba el loco ir y venir de la multitud y de los autos y tranvías en la calle regia, con el pensamiento lejano. Decían bien su padre, sus hermanas: ¿a qué enterrar su juventud para siempre con aquella muchacha tosca?... ¡Era una rosa y él se había hartado de sus néctares!... En cambio, resultaba, como es lógico, egoísta, indelicada, zafia, sosa y burda. ¿Cómo casarse con ella él, tan educado, tan sensible, tan altivo?... Por contraste, se le aparecía la figura y el recuerdo de Amparito, su ex novia, otra muchacha millonaria del pueblo que le quería sinceramente. ¡Una señorita! Una mujer llena de delicadezas, de ternuras, bien educada, amable, con la que la vida, cuando pasara el torbellino de la pasión, sería una cosa dulce, suave, tranquila. ¡Nada, nada!...

Y Julio se puso a escribir.

Sin saberlo, el muchacho aceptaba y repetía la

moral de todos los hombres del mundo cuando se pone en juego su egoísmo...

Orosia estaba ya vestida para bajar al comedor, luego de haber arreglado el equipaje suyo y el de Julio, cuando llamaron a la puerta y le entregaron una carta.

La infeliz, algo pálida, con un gesto que había crispado su boca de piñón, al reconocer la letra de Julio rasgó el sobre y leyó:

«Orosia: Perdóname. Me marcho para siempre de tu lado. He comprendido que lo que hemos hecho es una locura, y quiero terminarla antes de causarte más daño del que ya te he hecho. Perdóname te digo. Con esta carta recibirás tres mil duros que te manda mi propio padre. Adiós. Nunca te olvidaré. *Julio.*»

Con la carta inverosímil, infamante, venía un cheque, en efecto, de quince mil pesetas firmado por el millonario.

Orosia, casi sin despedir al criado, cayó llorando sobre el regio lecho entre columnas...





LA CARRERA

No almorzó.

Tendida sobre la cama, lloró mucho tiempo, ¡mucho!, hasta que el dolor agotó las lágrimas de sus ojos. Luego comenzó a calmarse, a serenarse. La realidad se le imponía. Y, examinando sus sentimientos, tuvo que reconocer que, más que de dolor, lloraba de rabia, de despecho.

Un mozo vino luego a llamar a la puerta, y Orosia se encontró con Julián Ferrer, «uno del pueblo». Venía a por el equipaje y las cosas de Julio, y contó a Orosia una historia fantástica, diciendo que se habían encontrado los dos con el padre y las hermanas del muchacho en la Puerta del Sol de manos a boca. Orosia le dejó marcharse, llevándose las maletas y el baúl de su ex amante, todo nuevo.

Al quedar sola, su angustia había tomado o,

mejor dicho, comenzaba a tomar otros derroteros. ¿Por qué apurarse de este modo?... Ella había querido huir de su casa «fuera como fuera», ser rica «fuera como fuera también», y casi lo había conseguido. Acabó por encogerse de hombros. Tenía cerca de mil duros en billetes que le dejara Julio y otros tantos en alhajas y en ropas que le había ido comprando el muchacho estos días. Ahora, por añadidura, la daban tres mil en un cheque flamante. ¿Tenía razón, en verdad, para quejarse siquiera?... ¿Cuántas muchachas no caen sin que las paguen luego ni dos reales?... Recordó sus sueños del cortijo, cuando, andando descalza por los caminos, apacentando el ganado «del amo» y desnuda de pierna también, leía los escasos periódicos y las revistas que se dejaban por allí Julio y sus hermanas con congojas de emoción. Entonces, una especie de rabia ciega la acometía y soñaba con llegar a ser una de aquellas *señoritas* que venían retratadas en las ilustraciones, vivir en una buena casa, vestir su cuerpo con los mejores trajes, con las telas más finas, adornándolo con joyas y sumergiéndolo en perfumes caros... Todo aquello estaba ya en sus manos, todo aquello lo había conseguido. ¿A qué apurarse tanto, pues?...

—¡Aire, aire, a vivir!—acabó diciendo, al tiempo que se encogía de hombros—. No nos vamos a dejar morir de pena a los dieciocho años. ¡Con las ganas de vivir que tengo yo!...

Buscó su sombrerito y se lo puso. Cogió luego el abanico y los guantes y el bolsillo. Abrió éste y estuvo contemplando un rato el cheque de tres mil duros antes de guardárselo. Lo leyó con lenta delectación: «Páguese al portador, con cargo a mi cuenta, la cantidad de quince mil pesetas. (La cifra en letras.)» ¡Ah!... Seguía la firma del millonario y el número del cheque se repetía en los cuatro ángulos del papelito tentador.

Salió a la calle.

Un instante después, como aun no eran las cinco, cobró el cheque y pudo guardarse el dinero en la escarcela.

Madrid, un tanto transformado en el corazón de la muchacha en lo que iba transcurrido de este día, aparecíasele como una ciudad un tanto cruel, donde era preciso conquistar el dinero a fuerza de audacia y de valor. Ella los tendría.

Anduvo por el centro y luego cogió un auto para que la llevara a la Castellana y al Retiro. Sentíase halagada viendo cómo los hombres la miraban. Además, cruzaban a su lado gentes elegantes, y en los paseos olía a rosas, a alhelíes, a sillingas. ¡Ah, Madrid!...

El recuerdo de Julio la amargaba. ¡La había abandonado! ¡A ella, tan linda, tan joven, que por él había abandonado su casa y su familia!... Pero, sincera consigo misma, Orosia sonreía luego, en el fondo del coche, mientras contemplaba el cre-

púsculo soberbio de la tarde de verano, diciéndose que, «después de todo, ella ya había previsto este final desde un principio». Había venido, sí, un poco más pronto de lo que ella había calculado. Nada más.

De pronto frunció el ceño.

Subía el auto ahora la cuesta de Alcalá, y al llegar ya cerca de Sevilla, a donde ella había ordenado últimamente que la llevasen, se preguntó lo que iba a hacer. ¿Sentarse en una terraza?... Pero Madrid, según habíala dicho Julio y estaba harta de oír a todo el mundo en el hotel, estaba ahora despoblado con el veraneo. Las gentes ricas andaban por San Sebastián, por Santander, por Biarritz, por las playas del Norte. Y estas palabras salieron de sus labios:

—¿Por qué no?...

Era que acababa de recordar que, aquí mismo, en el fondo de su escarcela lindísima, llevaba ella, por haberlos puesto allí Julio aquella mañana, los dos talones de *las butacas* del expreso. ¿Por qué no largarse a San Sebastián?...

Apenas formulado el pensamiento, la muchacha lo aceptó con entusiasmo. El desengaño, la traición, le hacían odiosos todos estos sitios por donde ella había ido tanto con Julio. ¡Hala, hala, a San Sebastián!...

Consultó su relojillo de pulsera. Eran las siete y media.

Entonces, al pasar frente al Banco de Bilbao, le dijo al chofer:

—¡Oiga!

El hombre frenó, acercándose a una acera, creyendo que la cliente iba a descender.

—No, no voy a bajar; es que quería preguntarle si podría usted llevar un equipaje a la estación del Norte.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—Sí.

—¡Oh, desde luego, señorita! ¿Dónde hay que recogerlo?

—En el hotel Inglés.

—Perfectamente. ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Está muy bien.

El coche se detenía, un instante después, ante el hotel Inglés, y al ir a pagar la cuenta Orosia se enteró de que «ya la había saldado el señor que había estado por la tarde». Orosia se alegró en el fondo. Bajaron su baúl, elegantísimo, lleno de ropa, las dos maletas y, ¡aire, a la estación! El tren, el primer expreso, iba a marchar, pero Orosia pudo todavía acondicionarse bien.

El tren iba atestado; pero, por suerte, a la muchacha no la tocaron más que dos compañeros de departamento, pues uno había tomado dos butacas. Era un señor grueso, muy grueso, de rostro rubicundo, de unos cuarenta y cinco años, que llevaba las manos llenas de sortijas. El otro acompañante

era una señora que, en cuanto pasaron de Pozuelo y comenzaron a hablar Orosia y el señor aquel, resultaba ser inglesa y que no sabía una palabra de castellano. Por señas, y mostrándole al señor unos papeles, les hizo comprender que iba tan sólo a Medina, pues se dirigía al norte de Portugal.

—¿Y usted va a San Sebastián, señorita?—le interrogó el desconocido.

—Sí, señor—repuso Orosia coqueteando—. A veranear.

—Sí; vamos, la espera a usted allí su familia, ¿no?

—No, señor, no. Voy sola. Yo no tengo familia.

—¿Ah, no?...

Orosia, astuta y mala en el fondo, observó en el rostro del hombre una grata sorpresa. Estaba leyendo en sus ojos la enorme admiración, el apetito y el deseo que ella sabía inspirar a todos los hombres... y se complacía en fomentar la turbación del viajero, que la miraba las piernas y el escote, limpiándose el sudor y haciéndose aire con un pay-pay. La inglesa se echó a dormir en las dos butacas que la cediera galantemente el desconocido, y Orosia y éste se sentaron, una al lado de otro. Los dos dijeron que no tenían sueño y charlaron.

—Yo soy madrileño, ¿sabe usted?... Del comercio. Tengo uno de los mejores establecimientos de coloniales de la corte, con cinco sucursales. Y ahora voy a descansar. Tengo en San Sebastián un hotelito al pie de Igueldo, donde ya están mi mujer y mis cuatro hijos. ¿Usted no conoce aquello?

—No, señor, no. Es el primer año, la primera vez que voy.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor.

—Pero ¿no conoce usted allí a nadie?...

—A nadie, señor. Voy a divertirme. Ya iré haciendo amigos y conociendo gente... Además, que en las playas...

—¡Ah, claro!—la interrumpió el gordo tendero—. En las playas en seguida se hacen amistades. Además, usted..., ¡con esa cara!...

Sonrió de un modo nervioso, esperando a ver el resultado de la flor. Orosia rió muy amablemente.

—¡Muchas gracias! ¡Qué gracioso!

Se observaban. La muchacha comprendía que el hombre tanteaba el terreno. Y, audaz y descarada, se inclinaba sobre él para envolverlo en el perfume de su piel exquisita y de su juventud, y le miraba con unos ojos que parecían decirle: «¡No tengas miedo, hombre! ¡Atrévete a todo!»

El hombre iba respirando con creciente trabajo.

—Por lo pronto, ya tendrá usted un buen amigo en San Sebastián, que será un servidor...

—¡Oh, muchas gracias! Pues mire, sí que le molestaré, aunque no sea más que para preguntarle algo...

—No faltaba más; lo que usted quiera. ¿Ya sabe usted dónde ha de alojarse?

—¡No, no sé nada!

—Pues yo mismo la llevaré a cualquier buen hotel cercano a la *Concha*. ¡Seremos buenos amigos..., aunque la belleza enorme de usted haga a mi esposa ponerse un poquito celosa!...

—¡Oh, muchas gracias! No, nada de conflictos. Nos veremos en la playa. Me alegro de bañarme, a ver si se me cura un dolor que tengo en este dedo...

Orosia había fingido un dolor imaginario, pensando en esta mentira... Mostró el dedo índice de su mano derecha. ¡Ah, sus manos ahora! Finas, limpísimas, con las uñas pulidas y dadas de esmalte, no recordaban en nada a las manos un tanto burdas y bastotas de la Orosia del cortijo. El hombre se inclinó:

—¡A ver!

—Es en este dedo. No sé cómo, me debo haber dado algún golpe, porque me duele mucho. ¡Aquí, en la yema!

—¡A ver!

Ella misma le tendió su mano al desconocido, que la cogió delicadamente entre las suyas, gordas y coloradas, como el que coge una flor.

—¿Dónde?—preguntó casi jadeando.

—¡Aquí!

—¿En este dedo tan bonito?

—¡Ay, por Dios!... ¡Sí, ahí es!

—Esto se le quita a usted con muchos besos que le dé su novio.

—¿Mi novio?... ¡Hemos regañado en Madrid, hacé unos meses!—mintió Orosia—. Ahora no tengo.

—Pues no faltará quién se los dé, guapa. ¡Una chica tan linda! ¡Porque cuidado si es usted bonita, Santo Dios!...

—¡Gracias! Es usted muy amable... y muy, muy simpático.

Le dejó en abandono la mano, la sonrisa, la mirada..., y el hombre, que ya no podía más, se llevó la mano adorable a la boca y la besó. Y viendo la blandura de aquella flor de carne completamente abandonada, y la sonrisa que había entreabierto aún más la boca de piñón en este instante, la volvió a besar, y luego en la muñeca.

—¡Es usted adorable, chiquilla! ¿Cómo es su gracia?

—Me llamo Orosia.

—Pues es usted un tesoro, Orosia. Y por darle a usted un beso en esa boca tan roja y tan bonita...

—¡Oh!... ¡Y usted me es simpático, muy simpático!...

—¿De veras?

—¡Oh, sí! Siempre he soñado conocer un hombre... como usted; de más edad que yo y de su tipo: grueso, algo bajito y... ¡como usted, vaya! Los jóvenes suelen ser tan informales...

Comprendía el tendero al fin. Pero ¿*de la vida* esta muchacha?... ¡No, no podía ser! Tenía demasiado fresco el semblante, liso y suave como un pé-

talo de rosa, y demasiado altivo el busto y demasiado rojos los labios, que ahora aparecían (lo estaba él viendo) sin carmín... Pero, por si acaso...

Se tiró a fondo. La dió dos o tres besos en el brazo, ya muy cerca del hombro, y luego uno, enorme, terrible, en la boca, al que la muchacha contestó. El hombre enloquecía.

—¡Ah, permítame!

Se levantó y cerró la puerta del departamento por dentro, corriendo las cortinas. La inglesa roncaba, con un trozo de manta extendido sobre el rostro para protegerse de la luz. El tendero volvió al lado de Orosia y se le sentó tan cerca, que casi estaba encima de ella. En seguida, sin andarse ya con ambages (¿para qué, señor?...), la volvió a besar la boca con frenesí. Y al mismo tiempo, una de sus manos cogió un pecho de la chiquilla, duro, firme, altivo como una fruta de los cielos.

Ella hizo apenas un leve movimiento de resistencia «por cumplir», y se dejó acariciar por el hombre, que gemía:

—¡Rica, rica; oh qué tesoro!...

La había enlazado por el talle y sintió como un espolazo bestial de deseo al palpar aquellas morbideces perfumadas de *la virgen*... El olor de la carne joven, la fragancia de aquella flor de gracia y gentileza, los contornos adorables, los pechos duros y firmes, la boca fresca..., le hacían temblar de deseo. Ella había cogido una mano de él, como al desgaire, y la apretaba más contra su pecho, al



—¿Y usted va a San Sebastián, señorita?

tiempo que daba a su talle un movimiento de balanceo que al otro le producía un cosquilleo de todos los diantres...

Entonces él, con una delicia celeste, se inclinó un poco y metió una de sus manos bajo las faldillas leves y tan cortas que las rodillas quedaban al aire. Orosia cerró, no más un poco, los muslos... Pero él iba descubriendo gasas y puntillas, palpando sedas y broches de las ligas..., y últimamente su mano tropezó con una carne dura, ardiente, fina y satinada..., y en seguida con la dulcísima mancha del regazo... ¡Ah!

Pero ella le contuvo, arreglándose un tanto las ropas y señalando a la inglesa, que seguía roncando.

—¡Chits! Formalidad, amigo mío... Pudiera despertarse esa señora...

—¡Bah!... ¡Está dormida como un tronco!

—Pero nosotros tenemos que despertarla al llegar a Medina. ¿No se lo prometió usted?

—¡Bah! Todavía falta más de una hora para llegar.

El hombre porfiaba, pero ella le calmó con una palabra:

—¡Bien! Después...

El tren seguía corriendo locamente por en medio de los campos dormidos. Apenas paraba en lejanísimas y distantes estaciones un minuto.

Hasta Medina fué ahora un suplicio para el tendero. Este, con la galantería y la finura que

comunica a los hombres el deseo, se había presentado, entregando una tarjeta a la muchacha, que leyó: «Roque Mieres. Del comercio. Calle Mayor. Madrid.» En otra tarjeta que la dió también iban el nombre y las señas de sus tiendas y sucursales, y un diluvio de nombres de Bancos donde el ricacho tenía su dinero en cuentas corrientes.

Al fin, en Medina bajó la inglesa. La pareja quedó sola en el compartimiento, cuya puerta se apresuró a cerrar don Roque nuevamente para que no entrara nadie.

Orosia, lista y sagaz como un lince, había comprendido desde el principio la situación... y se proponía explotarla. La traición de Julio aumentaba su audacia, ya muy grande de por sí, lo mismo que su desvergüenza. Además, ella recordaba numerosas aventuras en las eras y los bosques del cortijo, con Julio y con otros hombres, muchos de ellos gente de su clase... Aun había sido un milagro que ella hubiera podido salir incólume y virgen de tantas aventuras...

* * *

Ahora don Roque se quitó la chaqueta, quedando en mangas de camisa. Y con la furia de su deseo tan largamente contenido, cayó sobre Orosia, la besó en la boca, la echó sobre la butaca extendida y comenzó a besarla en los muslos al aire y en la

gloria de un seno que él mismo la sacó por el amplio escote... Ella jadeaba:

—¡Por Dios!... ¡Que pueden venir!... ¡Esto, no; esto, no!...

—¿Cómo que no?... ¡Quiero que seas mía y ahora mismo!...

Se había echado los pantalones al suelo y quedó en calzoncillos.

Ella se le escurrió como un pez vivo, yendo al otro extremo del departamento. Y el hombre quedó en pie en el estado ridículo del macho burlado...

—Usted comprenderá, señor Mieres, que yo no voy a... *consentir* así como así. Yo soy una muchacha decente. Hemos de hablar antes.

—¿Qué quieres?... ¡Mil pesetas, dos mil!... ¡Toma, ten, mira, espera, cógelas tú misma!...

Había sacado unos cuantos billetes de quinientas y de mil pesetas y los brindaba a la muchacha en abanico.

—¡Toma, ten, dos mil pesetas!—añadió separándolas en dos solos billetes.

—¡Bien; déme éste también!—aceptó Orosia contentísima, cogiendo otras mil pesetas.

—Sí, toma. Pero me has de dejar... como yo quiera.

—Como usted quiera.

Se guardó los billetes la chica en su escarcela, mientras don Roque escondía de nuevo su cartera, y ella se quedó esperando la acometida del hombre.

—¡Déjame que te desnude, vida!

—¿Aquí no puede entrar nadie?

—¡Nadie!

—¡Ah, entonces!...

Ella misma se quitó la blusa y luego la falda y el refajo... Don Roque la desgarró los pantalones lindísimos, de seda; la camisa..., y besaba y pasaba su lengua por todas partes... Orosia estaba también encendida... ¡Ah, qué hombre!... Le encontraba un encanto especial, bárbaro si se quiere, pero adorable...



que quería «vivir su propia vida», como se dice ahora. Bien. Por él, que la viviera. El sólo quería tenerla un par de tardes o de noches por semana para desquitarse de la sosería y del despego del «animal de su mujer»...

La acompañó hasta un hotel de la calle Urbieta, donde Orosia se instaló. Quedaron citados para el día siguiente, en que se verían en la *Concha*.

Don Roque había marchado luego hacia su hotelito de Igueldo rumiando su dicha. Y en silencio, solo en el «taxi» que le llevaba hacia su casa, el hombre iba saboreando los recuerdos de la aventura; sin querer comparaba a aquella muchacha, tan rubia, tan blanca, de carnes tan duras y apretadas, de senos tan macizos, tan turgentes, tan perfumados con... «el animal de su mujer»; ésta no había sido fea; no era fea aun, a pesar de sus cuarenta y tres años bien tenidos; pero se le hacía odiosa por lo indiferente y fría que era para el amor. En efecto; aquella noche, doña Anselma, que así se llamaba su mujer, se bañó y se acostó más temprano, luego de dejar acostados a sus cuatro hijos. Sabía que el marido *iba a necesitarla,* como siempre que volvía de viaje. Y le preguntó en cuanto estuvieron los dos en la alcoba:

—¿Quieres fiesta, no?

—Sí—repuso él, desnudándose también.

—Bueno, pues anda.

Ella ya estaba acostada, en camisa solamente,

y sin sábana siquiera, por el calor. Mostraba sus muslos enormes, una de sus nalgas colosales con absoluta despreocupación, y leía *Crónica* sin cuidarse poco ni mucho del esposo, que se desnudó completamente.

Ella dejó caer definitivamente la revista de sus manos, con un gesto de hastío.

—¡Anda, Anselma, que tengo mucha hambre de ti!

—¡Ay qué hambre de mi alma!... ¡Despacha pronto, hombre, que me caigo de sueño!...

—¡Mujer! ¡Después de quince días sin... nada!

—¡Sí, sí! ¡Si tú tuvieras que lidiar con esas cuatro fieras, y con las dos criadas, y la cocinera, y las visitas... ¡Estoy muerta!...

¡Era inútil! Era inútil querer remover o estremecer aquella carne un tanto fofa, que todavía, sin embargo, hacía estremecerse al hombre de placeres, y a aquel cuerpo que don Roque había querido tanto...; el hombre se encendía y la iba besando por doquier cada vez más estremecido; pero ella continuaba impasible, fría, rígida...

* * *

Orosia no tardó en encontrarse en San Sebastián como el pez en el agua. Dos veces por semana se veía con don Roque en un *meublée* elegante; pero como el hombre había de guardar las apariencias



Don Roque quedó en mangas de camisa.

por su familia y su respetabilidad, y ella, por otra parte, sólo pensaba en «hacer dinero con su cuerpo», las aventuras y los pretendientes le llovían a la muchacha.

Espléndida, como una hermosura fresca de flor, los millonarios y los hijos de los millonarios que pululaban por la *Perla del Cantábrico* comenzaban a disputarse pronto la vanidad de tener semejante querida, a la vez que la dulzura de aquella boca y de aquellos brazos... Y Orosia fué pasando de unos a otros... Durante aquel mismo verano fué la amante del hijo de un rico minero de Bilbao, de un gran fabricante de pinturas de Barcelona; de un banquero, por último. Además, se daba a todo hombre que la ofrecía tres o cuatro mil pesetas... Y como su hermosura soberana la hacía la reina dondequiera que se presentase, pronto circuló por San Sebastián la noticia de que *la Platanito* (la había puesto este remoquete uno de sus amantes despechados), se casaba con un multimillonario yanqui. No se confirmó la noticia; todo se redujo a que el multimillonario, cuyo yate estaba anclado frente al castillo de la Mota, la había tenido un día y una noche a bordo, pagándola cinco mil dólares. Orosia había abierto una cuenta en un Banco y marchaba camino de verse millonaria.

Ahora se reía de todos los hombres; los odiaba y despreciaba a todos en el fondo. Temperamento vicioso y depravado, Orosia sólo vivía para el placer y para el dinero. Era una muchacha *muy de*

hoy, muy a la moderna. Y se dejaba mimar, invitar y festejar por sus numerosisímos amantes, aunque algunos, la mayoría, fueran de ocasión, sólo pensando en sacarles cada día dos o tres billetes *de los grandes* para ingresarlos al día siguiente en su cuenta del Banco.

Esta tarde, por ejemplo, Inchumaschútegui, otro riquísimo minero bilbaíno, la había invitado, a ella y a otras dos cocotas de *su cuerda*, a una excursión en auto con unos amigos. El bilbaíno hacía ya varias semanas que «la seguía el bulto», haciéndola proposiciones fantásticas. Quería llevársela de querida a Bilbao, instalándola regiamente y pasándola dos o tres mil duros al mes; pero ella se resistía para hacerle entrar en ganas... Por lo demás, ya habían dormido juntos varias noches.

Fueron a los toros. previamente. Se celebraba la cuarta corrida de las fiestas, y la plaza estaba de bote en bote. Ellos tenían un palco. En los contiguos había familias y gentes ricas amigas de Inchumaschútegui y de los otros, y les daban vayas y se hacían chistes de doble filo... Luego, al salir de la plaza, entre una loca animación, fueron un momento a la Alameda y luego emprendieron el camino de Francia. Iban a pernoctar en Biarritz, luego de haber llegado a Bayona y a Arcachón tal vez. Una delicia salvar los Pirineos al atardecer, con las últimas tintas del crepúsculo, atravesando pueblecillos diminutos y barrios de hoteles recién nacidos... Luego emprendieron el

descenso por la parte de Francia, cruzaron Hendaya, las playitas encantadoras de Urrugne, de San Juan de Luz y de Bidart, y a las ocho y media estaban en Biarritz.

Sino que, una vez allí, Orosia y las otras mujeres se quejaron de apetito con aquella excursión a través de los Pirineos, y se convino hacer alto definitivamente en la playa inimitable. Fueron a alojarse al Grand Hotel, allá por cerca del Regina y del faro.

Dejados los autos en el garaje del hotel, los excursionistas se dividieron en parejas. Orosia, como es lógico, iba a dormir esta noche con Inchumaschútegui, al que sus amigos llamaban cariñosamente *Inchu etcétera*, por el nombre kilométrico. Y Orosia se vió instalada en una alcoba archirregia que tenía dos salones anexos y una fila de balcones sobre el mar y la playa, llena de luces y de gentes.

Su amigo, luego de darla un gran abrazo, la dejó sola unos instantes para que se fuera lavando y arreglando para bajar al comedor.

Orosia, ya arreglada y perfumada, asomóse a uno de los balcones, apoyándose contra la barandilla y quedando unos instantes pensativa.

¡Estaba en Biarritz, la playa de la elegancia y del lujo inimitables!... Y estaba en uno de los mejores hoteles, vestida con un traje de dos mil francos, llena de joyas caras, perfumada con los mejores perfumes de París, y Londres, y Madrid;

y era casi rica, y sería, a poco que tuviera aún suerte y astucia, millonaria alguna vez... Por contraste, se vió metida en aquel cortijo del *Charche,* descalza o vestida de percal, durmiendo en una alcobita entre melones, y sacos, y aperos de labor; y vió a su madre, la clásica comadre de los campos españoles, con el pelo estirado y vistiendo refajazos enormes; y vió a su padre, vestido de pana, con la escopeta de guarda al hombro y el sombrero *pavero* lleno de manchas y de polvo...

Aquéllo era *la honra; esto,* en cambio, era *el deshonor* y *la vergüenza,* según las gentes...

Pero la chica se encogió de hombros, sonriendo de un modo despectivo... Una ternura nueva, la acababa de hacer evocar el recuerdo de sus padres; pensó lo que nunca había pensado hasta aquí: mandarles dinero. Mañana mismo, en cuanto volvieran a España, les iba a girar dos o tres mil pesetas. Y les enviaría una breve carta *pidiéndoles perdón* por todo, y diciéndoles que era muy feliz, la verdad.

—¡Bah, la honra!—volvió a murmurar la chica con inmenso desdén—. ¡Yo no quiero la honra con miseria! Prefiero esto. ¡Para ser cocota, hay que pasar por encima de todo!... Yo no sé dónde recuerdo haber leído que «el honor no es nada y la vida es todo»... Y yo tenía, yo tengo unas locas ansias de vivir, y de vivir la verdadera vida. que es la del dinero, la del placer, la del amor y la libertad, que es ésta...

Entró su amigo. Orosia le saltó al cuello, y luego se le ofreció, sobre aquel lecho regio de la alcoba, sin desnudar ninguno, con un revoloteo frenético de faldas y de sus lujos de gran cocota...



EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misteria*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
10. *Las cosas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51. *El santo*, por Pedro Muñoz Seca.
52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
57. *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.
59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El azar*, por Federico Oliver.
62. *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63. *Las hijas del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65. *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69. *El último mono*, por Carlos Arniches.
70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73. *La jaca torda*, por José Mayral.
74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76. *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82. *«En Aragón hi nacío»*, por Arniches y García Marín.
83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.
84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.
85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. P. Fernández.
86. *Todo ta amor*, o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.
89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90. *La cantaora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.
91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
93. *La reña*, por Federico Oliver.
94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.
96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra* o *Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.
101. *El doncel romántico*, por Luis Fernández Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta*, por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría*, por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá*, por Joaquín y Serafín Álvarez Quintero.
111. *La inerga*, por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos*, por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla corazón!*, por Felipe Sassone.
117. *Mamá*, por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino*, por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián el primo* o *Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
126. *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, coraza*, por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.), por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma*, por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli*, por Brzeinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viú.
133. *Un caballero español* (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada*, por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy*, por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón*, por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Álvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta (hijo).
142. *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
143. *Los marineros*, por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera*, por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida*, por Manuel Fontdevila.
147. *Maitena*, por Etienne Decrept.
148. *Old Spain*, por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.
152. *La vida sigue*, por Felipe Sassone.
153. *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
154. *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Álvarez Quintero.
155. *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.
156. *La ilustre fregona*, por Diego San José.
157. *Comedia del arte*, por «Azorín».
158. *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.
159. *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.
160. *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.
161. *Los pastores*, por Gregorio Martínez Sierra.
162. *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.
163. *Martierra*, por A. Hernández-Catá.
164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.
165. *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.
166. *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y «Azorín».
167. *Don Luis Mejía*, por E. Marquina y Hernández-Catá.
168. *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.
169. *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.
170. *El rodeo*, por Luis Araquistain.
171. *Lo invisible*, por «Azorín».
172. *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.
173. *Cándida*, por G. Bernard Shaw.
174. *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.
175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
176. *Boy*, por Manuel Linares Rivas.
177. «*Parodi y Compañía*», por Sabatino López.
178. *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
179. *La pícara molinera*, por Asenjo y Torres del Álamo.
180. *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.
181. *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.
182. *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
183. *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.
184. *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.
185. *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.
186. *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.
187. *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.
188. *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.
189. *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.
190. *Las Verónicas*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
191. *Nobleza baturra*, por Joaquín Dicenta (hijo).
192. *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.
193. *Hidalgo, Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.
194. *El mismo amor*, por Manuel Linares Rivas.
195. *El marido de la señorita*, por Drégely Gábor.
196. *Ternura*, por Henri Bataille.
197. *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.
198. *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.
199. *El alcázar de las perlas*, por Francisco Villaespesa.
200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.
201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.
202. *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Álvarez Quintero.
203. *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.
204. *Los cachorros*, por Jacinto Benavente.
205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.
206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.
207. *Bolívar*, por Francisco Villaespesa.
208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.